

## La mejor profesión: Ser maestra

María del Rocío Ofelia Ruiz\*

La vida como maestra es un sinfín de experiencias que nos acompañan toda la vida. En un recuento de lo que he vivido con el paso del tiempo dentro de las aulas, los recuerdos se agolpan en mi mente como una película. En ella, los protagonistas son niños tirados de panza coloreando, bailando al ritmo de la música mientras llenan ejercicios en sus libros, comiendo alguna galleta escondidas o correteando en el patio de la escuela primaria. Mi memoria revive entonces eventos que me marcaron para siempre... Así es la docencia, nos deja huellas imborrables de aquellos con quienes compartimos nuestro tiempo y espacio: compañeros en las reuniones, directores que se convirtieron en ejemplo, pero, sobre todo, alumnos que cuando hoy en día los encuentras, te abrazan y te dicen al oído: “Gracias por hacer de mí el hombre que hoy soy” (gracias a ti, Gaspar, por acordarte de mí después de tantos años). Estas palabras dichas en un susurro me hicieron recordar a mis maestros, a todos aquellos que fueron parte importante en mi vida y que dejaron el mejor de los ejemplos. Por eso me hice maestra.

Mis recuerdos me regresan a mis años de escuela primaria, a esos tiempos de estudio y recreo, de compartir tristezas y alegrías al sentirnos seguros con nuestros maestros, la satisfacción de aprender a leer, a sumar y restar, hacer manualidades y salir en bailables con canciones de Cri-Cri y bailes folklóricos o con poesías que aprendíamos de memoria, pero, sobre todo, el sentimiento de confianza y seguridad al ser parte de una familia donde nos cuidábamos unos a otros, donde en cada inicio del ciclo escolar había mucha expectación por conocer al maestro que estaría con nosotros; algunos con cara adusta, pero el corazón lleno de bondad, otras con caras alegres y una sonrisa a flor de labios, algunas más, las maestras mayores con sus rostros serios, mirada cálida y voz dulce. Todos eran lo que yo quería ser.

En ocasiones, cuando estoy leyendo algún libro o escuchando música, hago una pausa y me pregunto: “¿Por qué me hice maestra?”.

Mi respuesta va de un lado a otro, pero siempre enfocada en mi deseo de querer enseñarles a los niños lo que me habían enseñado mis maestros, además de los contenidos en los libros: que la vida puede no ser la que quieres, pero siempre con el estudio y esfuerzo, puedes lograr lo que deseas, luchando con honradez y disciplina. Gracias a ese pensamiento, hoy estoy en un lugar privilegiado. He cambiado a los infantes por adultos jóvenes, porque en algún momento pensé que si podía ayudar a mis estudiantes de primaria a mejorar su vida, si me enfocaba en guiar y enseñar a quienes serían sus futuros maestros, esa enseñanza se vería multiplicada. Por eso continué estudiando y luchando para ingresar a mi escuela Normal y convertirme en formadora de formadores.

El preguntarme continuamente sobre el papel que ahora desempeño me ha llevado a reflexionar sobre la importancia social que tiene la educación en nuestro país; puede no ser lo que muchos deseamos, pero es lo que tenemos y en nuestras manos está continuar mirando hacia adelante, donde las nuevas generaciones tendrán que hacer frente a un futuro incierto, y el peso de la enseñanza estará en manos de estudiantes que hoy en día se están preparando para apoyar a los niños que llenarán sus salones con risas, gritos, llantos, cuadernos, libros y lápices por todos lados. Su reto es grande; por ello, mi papel radica en mostrarles que la docencia es una forma de vida, y que, además de transmitir los contenidos de los libros, hay ocasiones en que se deben dejar de lado para escuchar y educar en el amor.

Ese amor que será su fortaleza ante circunstancias que actualmente viven muchos profesores, cuando además de los retos diarios que enfrentan con sus alumnos, deben solventar situaciones de conflicto y violencia hacia su persona, sin protección legal para hacer frente a lo que se ha normalizado. Es aquí donde recuerdo una frase que me decían mis maestros: “La docencia es en soledad, eres tú y tus alumnos”. Este pensamiento refuerza mi espíritu y creo firmemente que tenemos el compromiso de ayudar a los estudiantes desde su más tierna edad, ya que de ellos dependerá que nuestra labor se vea recompensada con el cambio dentro de una sociedad cada vez más

fragmentada y alejada de las relaciones afectivas, que ya empiezan a mermar también el ambiente familiar.

Mis estudiantes son jóvenes con el deseo de estar frente a un salón de clase con sus alumnos, retribuyendo de alguna manera lo que a lo largo de su vida han recibido en su formación escolar; son hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, hermanas y hermanos de maestros, llevan la docencia como herencia y han aceptado continuar con el legado en un mundo cada vez más difícil, donde la labor docente es un reto, no sólo con los alumnos que atenderán, sino con todo lo que habrán de lidiar cuando egresen de las aulas de su Escuela Normal para rediseñar sus propios salones; aquí radica mi compromiso, no sólo como académica y asesora, sino como compañera de profesión, al hacerles conciencia de que ellos serán, en muchas ocasiones, el refugio de niños que verán en su figura un lugar seguro y que la escuela puede ser mejor que estar en sus propias casas.

Por eso me hice maestra, y a lo largo de los años he sido testigo del cambio tan significativo por el que esta noble profesión ha transitado; el papel del maestro fue por mucho tiempo de respeto y ejemplo; desafortunadamente, ese rol se ha transformado en un mero transmisor de conocimientos, dejando de lado la importancia de convertirse en parte sustancial en la vida de los alumnos. Las nuevas directrices políticas que abruma con cargas administrativas han convertido su papel en excelente creador de evidencias y llenador de formatos que, la mayoría de las veces, descansan en un archivero arrinconado. Todo esto deja de lado la parte humana de la docencia, esa esencia que hace que nuestros alumnos nos recuerden con el cariño que todo maestro necesita como alimento para continuar, a pesar del cansancio físico y emocional.

¿Por qué me hice maestra? Por lo que viví con mis profesores, porque alimentaron mi vocación con sus ejemplos, actitudes y amor, porque la docencia me ha dado más de lo que yo he podido retribuir, ya que es una forma de vida llena de contradicciones, a veces con frustración e impotencia ante situaciones ajenas a nuestra acción educativa, pero también es fuente de grandes alegrías y satisfacción, porque he visto a mis alumnos convertirse en excelentes maestros y

muchos de ellos guían y apoyan a sus propios maestros como directores, porque fue gracias a mis alumnos que aprendí a enseñar, porque aún tengo confianza en las nuevas generaciones y también, porque sin maestros como pilares de la educación, estaríamos perdidos.

\*Doctora en Ciencias de la Educación. Académica de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. [m\\_rocior@bcenog.edu.mx](mailto:m_rocior@bcenog.edu.mx)